

# EL MITIN DE VISTA ALEGRE

Por Abel HERNANDEZ

EL profesor Tierno logró remansar la torrencera de la irracionalidad que desbordaba los tendidos. Era la noche mágica del P.S.P. en la plaza de toros de Vista Alegre. El cronista llegó al tercer toro por culpa del endiablado tráfico de General Ricardos y por culpa de los guardianes de las puertas. Ni con carnet de Prensa ni con invitación especial había manera de que abrieran las verjas. «Es imposible. La plaza está abarrotada. Lo sentimos. Mire la multitud que espera. No queda libre ni un grano de arena del ruedo. En los tendidos puede ocurrir un accidente, porque hay miles de personas de más.» El cronista quería asistir al primer mitin verdadero de su vida. Al lado, el dirigente socialdemócrata profesor Lasuén, con su esposa, y el corresponsal de «Le Monde», José Antonio Novais, pretendían inútilmente lo mismo.

Al fin logramos entrar por la puerta del patio de caballos. Era un espectáculo de noche y sonido. También de luz. De sol y sombra para ser consecuentes con el lugar, aunque fuera noche cerrada. Allí estaban las banderas de la izquierda. El cronista no vio ni una sola bandera nacional. Destacaba una inmensa bandera republicana, que fue recorriendo el tendido, llevada por las manos de los asistentes, como una nube roja, amarilla y morada. En seguida quedaba claro que junto a los socialistas del P.S.P., organizadores del acto, y de los otros socialistas y socialdemócratas, se habían dado cita en Vista Alegre cenetistas, republicanos, comunistas, ácratas, trotskistas, polisarios, maosistas y seguramente la mayor parte de los que se dedican a manchar de pintadas la ciudad. Allí estaban, junto a la serena razón del socialismo razonable, encarnada en la mesa presidencia (Tierno, Morodo, Fuejo...), muchas de las fuerzas de la irracionalidad.

A estas trafo de hacer frente en su profesoral discurso de clausura, con el rojo dosel a la espalda y las rojas banderas al lado, don Enrique Tierno, presidente del Partido Socialista Popular. El viejo profesor apeló a la razón y, como buen táctico de la política, se mostró apaciguador, posibilista, pragmático e integrador. Con sus palabras cuerdas logró ahogar los slogans baratos voceados hasta entonces en los tendidos y que se repiten y repiten hasta la náusea de la razón. No es así, con presiones emocionales a los espíritus débiles o a las almas enfermas, como se logra la revolución cultural que él propuso, ni la transformación, paso a paso, de las estructuras socio-económicas.

«Hemos vencido al miedo», gritó el profesor Tierno, quien remarcó su radical optimismo histórico. Y era verdad. Aquella estampa humana era la mejor prueba de que estamos tocando en España, con la Monarquía constitucional, las riberas de la libertad. Vista Alegre era en la noche del sábado una hoguera humana de libertad. Y los fantasmas del miedo huyen de los pueblos libres.

Don Raúl Morodo, secretario general del P.S.P. (que leyó sus cuartillas), propuso un «pacto constitucional» y «un pacto electoral descentralizado», y defendió la unidad socialista «sin hegemonías ni personalismos». El profesor Tierno, más que criticar el pasado y el presente (y con eso demostró su grandeza de espíritu y su patriotismo) se acercó con sentido histórico a los umbrales del futuro. Habló bien de los católicos, de los militares y de las otras fuerzas políticas democráticas no socialistas: centristas y derecha civilizada. Su tercermundismo no le impidió asomarse decididamente al atlantismo y al europeísmo. Un giro importante. El presidente del P.S.P., en aras del pragmatismo, insinuó la posibilidad de un pacto electoral, si no entendimos mal, con otras fuerzas cercanas por la derecha. ¿O acaso existía ya el pacto antes del mitin? Se trata de intentar una mayoría parlamentaria para hacer una constitución breve y clara para nuestro pueblo. A uno le dio la impresión de que el viejo profesor tiene alguna razón para no entregar sin más ni más en estos momentos, contra previsiones anteriores, el triunfo electoral a las derechas. Aunque su gran esperanza está en las elecciones municipales. «Allí nos veremos», dijo.

Y fue generoso. «Este no es sólo un acto del P.S.P. Este es, por encima de todo, un acto de izquierdas y pertenece a las izquierdas. Es un acto unitario.» A un hombre, cerca de la tribuna, le falló el corazón. Miles de gargantas corearon el nombre de «Tierno» cuando empezaba a sonar por los altavoces la música de la «Internacional».

La irracionalidad no saltó a la calle, afortunadamente. Todo acabó en paz. El cronista había asistido al primer mitin verdadero de su vida. ¿Será esto ya la democracia? ¿O es simplemente una primera explosión multitudinaria de libertad sin miedo? Después de oír al profesor en la plaza de toros, parece que es posible, a pesar de las viejas banderas, de los viejos resentimientos, de los viejos slogans, de las irremediables fuerzas de la irracionalidad, de las almas enfermas y de los puños cerrados, la libertad sin ira.